

verdugo, muriendo algunas horas después.

II

PASARON varias semanas. Los inspectores de policía temblaban ante la probabilidad de encontrarse con José Garmendia, y ninguno se atrevió a perseguirlo.

Era un temible malhechor, fuerte como un toro, ágil como el felino cuyo nombre llevaba, y de una crueldad sin ejemplo. Conociendo el terror que se le tenía, utilizábalo en la continuación de sus audaces atropellos.

Decíase que cruzó últimamente la frontera de Nicaragua, después de asesinar y robar a dos *achines* en la Cuesta de Azacualpa.

III

JUAN DIEGO, el menor de los hermanos de Juanita, y el que ésta más quería, cambió de carácter desde la tarde del horrendo crimen. Perdió su buen humor habitual y su pasión por el trabajo. Sumergido en un tenaz silencio, pasábase días enteros echado en la hamaca de gruesa cabuya o errando por los montes. Contestaba ágricamente las preguntas que se le hacían, y, dominado por negra pesadumbre, olvidóse hasta de su novia, la muchacha más hermosa de la próxima aldea.

Con frecuencia dormía afuera. Tirábase en la frescura de las hondonadas y sorprendíale la aurora mirando la palidez de los luceros...

Era un mocetón moreno, gallardo y musculoso, de rostro arrogante y mirada profunda.

Una mañana de las últimas de septiembre desapareció de la montaña. Y nadie supo más de su paradero.

Su padre y sus tres hermanos le buscaron por todas partes, y tras inútiles pesquisas, creyeronle muerto.

VI

PERO una noche todos despertaron a los violentos ladridos de los perros. La familia se levantó sintiendo que alguien destrancaba la salida del patio.

En el instante en que abrían la puerta de la casa, Juan Diego apareció en el umbral.

Rodeáronle entre exclamaciones de júbilo. Parecía más alto y barbudo y sus negros ojos fulguraban.

—¡Padre!—exclamó. Aquí tiene las feroces garras de *El tigre*, a quien dejé colgado de un roble en el valle de Jamastrán.

Y extrajo del saco de cuero que pendía de sus hombros dos objetos horribles y nauseabundos. ¡Dos manos hinchadas y monstruosas, peludas y negras, húmedas de barro y de sangre!

PRECEPTOS METÁLICOS

I.—Prueba en la adversidad el valer de tu alma. Y muere de miseria antes que derrochar una partícula del oro de tu carácter.... Sé avaro de ese tesoro divino.

II.—Que la serenidad de tus ojos refleje la paz luminosa de tu espíritu. Y que tus palabras encierren una verdad y una enseñanza.

III.—Pasa, limpio de conciencia, por el obscuro estercolero humano. Y si tu virtud atrae la envidia de los mediocres, sonríe piadosamente.

IV.—Practica el bien sin esperar recompensa. Y olvida el insulto de los débiles. Pero si algún insolente poderoso te asalta en el camino, hazle conocer que tienes, bajo la sencilla apariencia magnánima, el ojo del águila y la garra del león.

SUPREMO ARTIFICE

¡Oh rimador! Conoces el alma de la Lyra: el milagro recóndito del verso, los profundos valores de las sílabas.

Sometes las palabras a tu poder despótico. Como diamantes fulgen los vocablos en tu ritmo sonoro.

Tu mano milagrosa forja el pálido estoque florentino. Y resplandecen misteriosas piedras en la gama suprema de tu estilo.

Juegas con el sonido como juega el malabar con su aro de colores. Deslumbras con tu frase de relámpago y su espíritu arrancas a las voces.

Te ofrendó su secreto la portentosa musa de las cumbres, que vive entre los vientos y las águilas, viajera por las bóvedas azules.

¡Asciende por la escala luminosa oh domador del Pensamiento! Tienes ante tu enorme gloria el rayo y las montañas de laureles!

¡Va tu alma desde lo ínfimo a los hondos génesis de los soles errabundos: desde las simples cosas al arcano de los sagrados números!

FROYLAN TURCIOS

UNA VIDA

(Conclusión. Viene de la pág. 213).

II

«YA he hablado previamente Presentate al Prefecto y dile que eres hijo de Juan», me dijo mi madre, dejándome a la puerta del Colegio de Infantes. Y pocas mujeres con la frase «y dile que eres hijo de Juan», dirigida a ese hombre de bien que se llama don Pedro, pudieron ofrecer mejor recomendación.

«Ah, es Ud. hijo de Juan. Muy bien tendrá que portarse si quiere ser digno de tal padre. Venga, le presentaré a algunos compañeritos, a quienes le recomiendo elija por amigos». Y con una solicitud admirable, padre múltiple que atendía en una amplísima esfera de acción a las necesidades de cien hijos, me llevó ante algunos futuros compañeros de clase, sabiamente elejidos. Eran, como yo, muchachos de caras tímidas y bien parecidas, limpiamente trajeados y de movimientos llenos de mesura, a quienes tres o cuatro generaciones de hombres honrados habían asegurado el equilibrio moral. Compañeritos por los que me sería menos duro el roce con escolares turbulentos, que llenaban el patio, estrecho para un colegio, de gritos y de risas o medían con sus cuerpecillos elásticos las duras baldosas de un pavimento, impropio del todo para lugar de recreo de la alegre legión.

En el centro del patio descollaba so-

bre su pedestal la estatua de un Colón de poco más o menos de un metro. Al lado se elevaba majestuosa la Catedral de Guatemala. Mi curiosidad venció a mi timidez y, solo, me aventuré en el segundo patio. Era aún más reducido que el primero, pero a mi me pareció todo un mundo. ¿Por qué en el recuerdo de la infancia aparecen todos los sitios más grandes de lo que son en realidad? Vuelve uno a casas habitadas en la niñez y los patios, que en nuestra memoria aparecían enormes, se empequeñecen. ¿Es acaso la relatividad de nuestras pequeñas humanidades, que tardan cinco minutos en atravesar un espacio de tres metros? No, porque pasa lo mismo a escolares de diez años que lo salvan volando.

¿Es que nuestras vírgenes imaginaciones ven un universo desconocido en cada metro cuadrado? Sí; porque a la vez que el mundo se achica conforme vamos creciendo, el mundo se despuebla. Se hace el vacío, a cada instante más, en nuestro redor. A los cinco o siete años para mi existían ocultos habitantes del planeta que alternaban con los hombres. Mi vista, mi corta vista de miope, se detenía horas enteras observando un cienpiés o un cochinito de humedad. ¡Que mundo en cada pulgada de terreno! ¡Que sorpresas en todas partes! Cuando concluía de llover, corríamos mi hermana y yo a la arena depositada entre piedra y